

Han aparecido mazorcas de maíz de muchos colores. Flores de verano de todo tipo se abren, brotan y crecen enfrente de los ojos de la diosa, nuestra madre, Santa María. El agua salpica, espléndida hierba acuática brota y crece. Yo también soy una creación del único dios. Dios nos bendice; ha venido sobre nosotros.

Y la versión de Bierhorst (*Cantares mexicanos*, 1985, p. 221) es la siguiente:

“Como mazorca multicolor de maíz en flor yo desperté a la vida.” Una multitud de flores de maíz se derraman; vienen floreciendo: ellas llegan delante de la cara de nuestra madre Santa María.

Gemas de turquesa como el agua y la pluma están cantando en estas aguas: ellas están brotando. “Yo soy la creación del Único Espíritu, Dios. Yo soy su creación.” ¡Ellos han llegado!

Xavier NOGUEZ
El Colegio de México

W. George LOVELL, *Conquest & Survival in Colonial Guatemala: A historical geography of the Cuchumatán Highlands 1500-1821*. Kingston and Montreal, McGill-Queens University Press, 1985.

El autor es un geógrafo canadiense que empezó a interesarse en los Altos Cuchumatanes después de hacer su tesis de maestría sobre la geografía histórica de Oaxaca, y el libro, cuyo subtítulo precisa el tema, es el resultado de la investigación de su tesis doctoral, en torno a la cual ha publicado ya varios artículos. Se trata pues de una monografía de etnohistoria regional, con un marcado enfoque demográfico y geográfico. Y ojalá tuviéramos en el futuro muchos más de este tipo.

Conquest & Survival tiene virtudes que hay que destacar. Aporta a la historiografía guatemalteca un abundante acopio de información (hasta ahora dispersa) sobre una región —los Cuchumatanes— periférica y muy olvidada, información sistemáticamente impresa en cuadros, tablas y mapas que serán de mucha utilidad y que constituyen modelos. El libro aborda su tema con sensibilidad y seriedad y consigue mostrar la sucesión de diversas formas de explotación —formales y “extralegales”— sobre todo del trabajo indígena a lo largo del periodo colonial, así como también una variedad de

estrategias de los conquistados para sobrevivir a la dominación. Particularmente interesante resulta su descubrimiento de una recolonización del territorio indígena en el siglo XVIII, que tiene paralelos en varias otras historias de regiones indias y su argumento de que ese movimiento estuvo asociado a un "revival" de la religión *folk* a la que Lovell llama "maya precristiana". Aunque eventualmente los españoles establecieron haciendas en los Altos, como en otras regiones periféricas, el problema en los Cuchumatanes no era que les arrebataran sus tierras a los indios, sino que la explotación informal por parte de las autoridades fomentaba tendencias centrífugas de la población afectada. Lovell pinta así la adaptación social de los indios (*mames* sobre todo) de los Cuchumatanes a la imposición del sistema colonial, como una variante regional con rasgos propios. Hay que darle pues bienvenida al campo y una felicitación bien merecida.

El autor muestra, además, cómo la resistencia a la congregación, que emerge hoy con fuerza como un rasgo característico de los mayas (de Yucatán según Farriss y de Chiapas según Wassersstrom) y quizá de la mayoría de los mesoamericanos meridionales, tiene un fundamento geográfico. Señala que en los Cuchumatanes era fácil para los indios huir del control español. La mitad de las parroquias serranas comprendidas en la región (Jacaltenango, Nebaj y Uspantán) colindan directamente con la Lacandonia fuera del dominio español, cuyos habitantes dejaron eventualmente en paz a las comunidades subyugadas, quizá en virtud del establecimiento de una circulación clandestina de población y productos, como la que se daba entre Yucatán y el Petén.

Y, sin embargo, en la medida en que eso queda demostrado parecería perder fuerza, sin que el autor se percate de ello, la otra tesis más vieja, de la despoblación. Parecería imposible en la escala de una región poco controlable comprobar la mortalidad *vis-à-vis*, la migración o la fuga de la población. No disputamos el impacto de las epidemias, pero el uso que hace el autor de las teorías de demografía histórica de la escuela de Berkeley parece un poco ingenuo. Los datos nuevos sobre las estrategias de lucha obligan a una nueva interpretación de lo que ya sabíamos. El extensivo tratamiento anecdótico de las epidemias resulta repetitivo, poco conducente al análisis de sus repercusiones sociales y ciertamente no comprueba la idea de Lovell de que impidieron cuajar al proyecto imperial.

Por lo demás, la obra adolece de las otras lacras comunes de la academia joven norteamericana. El exceso historiográfico destaca.

Como tantos jóvenes académicos norteamericanos, Lovell se siente obligado a discutir todo lo que sus colegas han dicho, argumentado, etc., sobre los temas históricos que va a tratar, con el lamentable resultado de que los temas mismos quedan relegados y su evocación se ve desplazada por discusiones un poco esotéricas, de análisis académico que incluso llega a ser hermético. A menudo, sobre todo cuando los cita textualmente, uno siente que han quedado desplazados del centro de atención los indios, como sujetos y protagonistas de esta historia, por académicos de diversas generaciones por Cook y Borah *vs.* Rosemblat, por Macleod, la Farge, Veblen, Carmack y Lutz. Lo peor es que en esas discusiones ni están todos los que deberían, ni todos lo que deberían están. Quizá una tercera parte de los títulos citados por Lovell corresponden a historiadores guatemaltecos o afines, preocupados por los Cuchumatanes; muchos más son alusiones a la educación personal del autor. Así Lovell cita a Smith en vez de Caso como referencia general para los códices mixtecos y termina por “descubrir el agua tibia” como cuando, sin citar a Martínez Peláez, que discutió extensamente el asunto hace décadas, pretende develar la relación que en efecto (y pese a la ley) hubo entre la encomienda y el surgimiento de la hacienda.

Quizá la manifestación más concreta de ese narcisismo etnocéntrico del académico norteamericano se manifiesta en el hecho de que aunque los indios de los Cuchumatanes conservan su lengua de manera mayoritaria, Lovell escribe su historia sin preocuparse del problema lingüístico, del lenguaje que cifra y contiene la tradición indígena local. Las presiones de nuestro ritmo de sobrevivencia académica no dan para más. Como consecuencia, el cuadro del indio que emerge de la lectura es más lírico que profundo, más estadístico que verosímil. Para uno no queda del todo clara la comprensión del autor del sincretismo cultural. En los anales de las extravagancias del etnocentrismo hay que registrar que el autor define al *pataste* como “una fruta pequeña, semejante al grano de cacao”. (?)

Para interpretar con rigor los datos que saca a luz, le faltan asimismo —a Lovell— instrumentos históricos: conocimiento profundo de las instituciones coloniales y de su evolución y la hermenéutica crítica del documento. Sin esos elementos cae en confusiones francamente lamentables —de neófito— cuando identifica como una misma cosa al reclutamiento de trabajo con adelantos y al peonaje por deuda, y confunde al servicio de repartimiento de trabajo con los *corvees* para el estado. Se trata desde luego de asuntos ligados

pero no —del todo— de lo mismo. El más importante de los cambios institucionales pertinentes es sin duda la legislación social de la segunda mitad del siglo XVIII que establece y fomenta la libertad de movimiento de la población; y que está sin duda relacionada con el proceso de repoblamiento o nueva colonización de territorios que Lovell registra. Los Borbones querían evidentemente liberar mano de obra para la nueva empresa mercantil, pero dadas las circunstancias, los indios prefirieron al parecer aprovecharla para reproducir sus asentamientos tradicionales sobre el territorio vacío.

Finalmente hay latente un problema de fondo. ¿Por qué, si los sujetos históricos —la geografía regional y las estrategias de adaptación— son por naturaleza de larguísima duración, se detiene el tratamiento después de 300 años, en una fecha —1821— que tiene solamente una significación política, la de corresponderse con la Independencia? Otra vez se antoja que la respuesta tiene que ver sobre todo con el *éthos* del gremio, deformado por circunstancias ajenas al proceso intelectual. El autor no tiene desde luego la culpa de ello; todo el mundo está obligado antes que nada a sobrevivir. Pero el asunto no deja de ser preocupante. Quizá la monografía incompleta es un modelo de historia que impide el desarrollo de búsquedas más profundas y maduras del pasado.

Rodolfo PASTOR
El Colegio de México

Silvia Marina ARROM, *The Women of Mexico City, 1790-1857*, Stanford, California, Stanford University Press, 1985, 384, pp.

Hace tiempo que esperábamos con interés esta nueva obra de Silvia Arrom, cuya importancia era previsible a juzgar por trabajos anteriores. La lectura de *The Women of Mexico City, 1790-1857* no sólo no defrauda sino que, al contrario, satisface por el rigor de sus planteamientos y la amenidad de su texto, a la vez que inquieta por la novedad de algunas de sus afirmaciones, en contradicción con viejos prejuicios muy arraigados.

En la introducción advierte que la impulsó a investigar este tema el hecho de que en forma universal se aceptase que las mujeres mexicanas de la primera mitad del siglo XIX eran seres pasivos e impotentes, del todo subordinados a los hombres. En este estereotipo